

LA EDUCANDA.

Periodico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—El cinco de Abril [poesía], por doña Angela Grassi.—La entrada en el mundo, por idem.—Juegos de niños: El volante, por P.—Clemencia [continuacion], por doña Joaquina G. Balmaseda.—El Artista desairado, por doña Micaela de Silva.—GRABADOS: *El volante*.—*Traje de calle*.

EDUCACION É INSTRUCCION.

LA RESURRECCION.



lo que manifestamos en el anterior artículo sobre lo que puede envanecerse la mujer de la parte que tuvo en el origen del cristianismo, debemos añadir algunos hechos mas, no menos gloriosos para ella, y que la obligarian, si ya no lo estuviera, á ser la mas firme base y el mas seguro baluarte de la religion cristiana.

Acababa de resucitar Jesucristo cuando María Magdalena, y María, madre de Santiago, y María Salomé, compraron aromas para ir á embalsamar á Jesus; y muy de mañana y salido ya el sol del primero de los sábados fueron al sepulcro, diciendo entre sí:

—«¿Quién nos quitará la losa de la puerta del sepulcro?»

Mas reparando, vieron revuelta la losa, porque era muy grande, y entrando en el sepulcro, vieron un mancebo sentado en el lado derecho, cubierto de una ropa blanca, y se pasmaron. Entonces les dijo él que no se asustaran, pues Jesus Nazareno habia resucitado, y que fueran á decirlo á sus discípulos y á Pedro. Magdalena corrió inmediatamente á avisar á los apóstoles; San Pedro se dirigió al sepulcro con San Juau, entró en él y vió la sábana en que habia estado envuelto el cuerpo de Jesus. Volviéronse llenos de asombro; pero María Magdalena se quedó en el sepulcro, donde derramó muchas lágrimas, y como dos ángeles vestidos de blanco le preguntasen por qué lloraba, respondió que porque se habian llevado á su Señor y no sabia dónde lo habian puesto.

2.^a ÉPOCA.

Al decir esto se volvió María Magdalena y vió á Jesucristo de pié, y no sabia que era Jesus, el cual le dijo:

—«Mujer, por qué lloras?»

Pensando ella que era el jardinero le contestó:

—«Si eres tú quien lo ha recogido, dime dónde lo has puesto y me lo llevaré.»

Jesus dijo: «María;» y trasportada inmediatamente corrió para besar los piés del Salvador, pero Jesus se lo impidió y le mandó que fuera á decir á sus discípulos lo que habia visto. Esta fué la primera aparicion de Jesucristo resucitado, favor concedido al amor perseverante de la pecadora Magdalena.

Y como si esto no bastara para demostrar Jesus la consideracion que le merecia la mujer, se apareció por segunda vez á las Santas mujeres. Habiendo sabido éstas por los ángeles que habia resucitado, y que no debian ya buscar entre los muertos al que estaba vivo, se fueron inmediatamente á decirlo á los discípulos, y cuando iban por el camino se les presentó el mismo Salvador: postráronse á sus piés, y Jesucristo las mandó que fueran en busca de sus apóstoles para convencerlos de su resurreccion.

Grande, inmenso fué el dolor de aquellas mujeres por la muerte de Jesus, pero no menos grande é inmensa debió ser su alegría al ver que eran las primeras á quienes se presentaba, mitigando así lo intenso de su dolor, y haciéndolas que anunciaran resurreccion tan gloriosa.

Cumplido estaba el misterio, lo que se habia profetizado desde Moisés. Jesus habia terminado su obra, solo faltaba la de los hombres; esto es, que la anunciaran, nada mas, que predicaran con el fervor de la conviccion lo que habian oido á Jesus, y lo que en él habian visto; y la mujer ayudó al hombre en esta grande obra; y decimos grande, porque hubo que sacrificar la vida, porque fueron necesarios mártires, y lo fueron los cristianos; no causaron á otros el martirio.

El poder pagano que se desquiciaba no podia oponer doctrina á doctrina, y opuso el fuego, el hierro y las

fieras. Tenía la fuerza, y por conservar en sus sacrílegas manos un poder caduco que se desmoronaba, corroído por la inmoralidad, apeló á esa misma fuerza y al asesinato; y cuanta mas sangre derramaba y mas mártires hacia, era mayor el número de los cristianos, que con solo predicar la buena doctrina la hicieron triunfar y cayeron por el lodo los falsos ídolos del paganismo.

Así triunfó esa religion de paz, de fraternidad y de caridad: así triunfaron los pobres de los ricos; así los débiles de los fuertes: envanézcase la mujer que tanta parte tuvo en un triunfo que estableció su digna y merecida emancipación, y en la doctrina salvadora del género humano.

A. PIRALA.

EL CINCO DE ABRIL.

Recuerdo dedicado á la malograda poetisa
D.^a ALEJANDRA HEVIA DE TORAL.

¡Feliz mil veces tú, flor purpurina,
Blanca azucena del pensil de amores,
Que el sol dé las pasiones que calcina
Tú cáliz no secó con sus ardores!

¡Feliz mil veces tú, ángel hermoso,
Que en tu breve destierro en este suelo
Bebiste el néctar de un amor dichoso,
Y al tocar á la hiel volaste al cielo!

Descansa en dulce paz, vírgen querida,
Por hermosos ensueños arrullada,
Por el Dios que nos rije bendecida,
Por los ángeles bellos exaltada.

Descansa en dulce paz!... Cuando la noche
Tienda el manto de estrellas guarnecido,
Con la luna luciente, que es su broche,
Si la brisa llevase hasta tu oído

Ayes confusos de dolor profundo,
Y una plegaria triste y quejumbrosa,
No olvides que dejastes en el mundo
Quien vaya á suspirar sobre tu losa!

ANGELA GRASSI.

LA ENTRADA EN EL MUNDO.

XI.

De Leonor á Adela.

Tengo el dón de errar, querida Adela! Despues de mas de tres semanas, pasadas en la soledad y el

aislamiento, la primera vez que he vuelto al mundo, cediendo á las instancias de mi tío, ha sido para promover otro conflicto.

¡Parece imposible que una acción, un gesto, una palabra inconsiderada, puedan traer tan funestas consecuencias!

Estábamos en una reunión dada por la Duquesa de C., con motivo de la boda de su hijo. Aunque nos habían convidado simplemente para un té de confianza, la concurrencia era numerosa, compuesta en su mayor parte de señoras aristocráticas y hombres distinguidos.

Desde el principio de la noche, se habló mucho de un Lord, Duque ó Par extranjero, no sé bien lo que es, tan bello como Apolo y tan rico como Creso, que iba á ser presentado por el mismo embajador de su nación.

Se contaban mil anécdotas sobre su esplendidez, sobre sus conquistas.

El Lord apareció por fin, y se elevó un sordo murmullo, semejante al que producen las olas del mar encrespadas por el cierzo.

Instintivamente todas las jóvenes se arreglaron los pliegues de su traje, compusieron los rizos ondulantes de su cabellera, y fijaron una mirada inquieta en los espejos que decoraban las paredes.

Yo sentí despertarse de improviso mi adormecida vanidad.

El Lord, que era efectivamente bello, y vestido con una magnificencia asombrosa, dió una vuelta por la sala, y estoy segura de que todos los corazones femeniles palpitaban de consuno, como palpitaba el mío.

Sin embargo, no se paró delante de nadie, no dirigió la palabra á nadie, y fué á colocarse junto al piano.

Mi ángel malo me inspiró al punto una idea, para fijar su atención.

Apenas se bailaba, y yo llamando á la Duquesa, se lo hice observar, añadiendo la conveniencia de que se cantase algo.

—¡Ninguna de nuestras sirenas parece estar dispuesta á embriagarnos con el eco de su voz, me respondió! Si Vd. quisiera!...

—Oh, yo no! exclamé bajando los ojos con fingida modestia, pero palpitando de júbilo y de esperanza.

La Duquesa, que era mujer de mundo, comprendió mi deseo, y secundó mi estratagemá, rogándome en voz alta y con frases persuasivas.

Buscamos quien me acompañase una romanza de una ópera muy conocida.

—Yo tendré ese honor, si Vd. me lo permite, se apresuró á decir Alejandro, que estaba cerca de nosotras.

Acepté.

Alejandro es un inteligente y estudioso profesor de piano, que sostiene con el fruto de su trabajo im-probo é incesante á una familia dilatada.

Hé aquí su historia, en dos palabras.

El pobrecillo carece de nombre: jamás conoció á sus padres.

La esposa de un probo oficial de Correos, que tenia la desgracia de perder á todos sus hijos, le sacó del asilo benéfico en donde habia pasado sus primeros años, y lo llevó consigo para que distrajese su pesar.

Era buena, amante y virtuosa, y aunque despues el cielo la concedió tres hijas, nunca quiso desprenderse de Alejandro; nunca dejó de tratarle con maternal cariño.

Hizo bien: ahora el oficial de Correos es un pobre cesante que cuenta con muy escasos recursos; su mujer está postrada en el lecho del dolor, víctima de una cruel enfermedad, y sus tres hijas son aun demasiado niñas para dedicarse con fruto á las labores de su sexo.

El generoso inclusero es la providencia de aquella familia desolada. Para ella trabaja dia y noche, para ella se condena á las privaciones mas horribles; feliz cuando vé aparecer una sonrisa en los lábios descoloridos de su madre adoptiva; feliz cuando puede sorprender á sus hermanitas con un vestido nuevo.

Todos conocen esta tierna historia, todos quieren y aprecian á Alejandro, que ha sabido conquistarse un puesto honroso en la sociedad, por su modestia, su talento y sus virtudes.

Yo soy la primera en admirarle, y sin embargo!..

Me ofreció el brazo para ir al piano, me acompañó la romanza, como él sabe únicamente acompañar, es decir, haciendo que resalten las dotes del que canta, y ocultando su propio mérito.

Apenas concluí, cuando estalló en el salon un diluvio de aplausos. Pero no era esto lo que yo buscaba. Fijé los ojos en el Lord que me habia escuchado en silencio. Entonces éste, casi obligado por la galanteria, me dirigió algunos cumplidos en español, á los cuales yo respondí en voz muy alta para que me oyesen todos. Hablamos de música algunos minutos.

Despues me ofreció el brazo para regresar á mi asiento, al mismo tiempo que me lo ofrecia Alejandro.

Acepté apresuradamente el del primero, y entregándome por completo á la satisfaccion de mi amor propio, me olvidé dirigir al segundo la menor excusa.

Alejandro es tan bueno, tan sencillo, que no se ofendió por esto.

Pasados algunos instantes, vino á rogarme en nombre de la Duquesa, que cantase el ária de tiple de Hernani: yo accedí gustosa.

—Interin bailan este wals, me dijo, voy á probar un poco en el piano, porque no la recuerdo bien.

El Lord pasaba en aquel instante, y lo oyó. Se detuvo, y volvimos á reanudar nuestra conversacion sobre la música del dia. Mostróse apasionado de Verdi, me dijo que sabia de memoria todas sus óperas, y que pasaba horas muy deliciosas ejecutándolas en el piano.

A pesar de estar hablando con él, yo veia ó presentia las miradas de curiosidad y envidia que fijaban en nosotros mis amigas, y escitada mi pueril vanidad hasta el extremo, quise poner el sello á mi triunfo, aceptando el ofrecimiento que me hizo, de acompañarme el ária en cuestion.

En su consecuencia nos dirijimos ambos al piano, en donde estaba Alejandro ocupado en repasarla.

No puedes figurarte su asombro, su estupor, cuando el Lord le invitó cortesmente á que dejase su asiento, y cuando le vió dispuesto á acompañarme.

¡Ah, sin duda la mas leve excusa de mi parte hubiera bastado á consolarle de aquel sangriento desaire; pero no la pronuncié! Hice mas: distraida como estaba, cuantas veces me dirigió la palabra le contesté con impaciencia y sequedad.

Pero creeme, Adela, no obré así por inferirle la menor ofensa, sino porque completamente absorta en mi deseo de agradar al opulento extranjero, me importunaban sus preguntas y hasta sus atenciones.

El pobre Alejandro, á pesar de su modestia, al fin se resintió, y debió ir á quejarse á la Duquesa, porque cuando dejé el piano, ésta me cojió del brazo, y llevándome al hueco de una ventana, me reconvinó con dulzura al principio, pero luego con suma dureza por mi accion. Tiene el carácter vivo é imperioso.

—Como ama de casa, me dijo, yo no puedo permitir que se desaire á nadie, sea quién fuere, y mucho menos á una persona tan digna como Alejandro, y que por su equívoca posicion debe estar siempre en guardia contra el mundo.

Al instante reconocí la enormidad de mi falta, al instante me arrepentí de cuanto habia hecho; pero el tono áspero de la Duquesa hirió mi orgullo, y me irritó la idea de que Alejandro hubiese ido á quejarse á ella.

—Es cierto que he hecho mal, respondí tratando en vano de dominar mi enojo; pero Vd. comprenderá que no se puede tratar de un mismo modo á las personas que ocupan diferentes categorias sociales!

—Es verdad! me respondió con viveza! se debe atender siempre al mas humilde, para no herir su susceptibilidad esquisita.

—Creo que estos tambien deberian poner su humildad moral al nivel de la de su fortuna!

—Alejandro es un artista distinguido, y merece que se le atienda!

—Yo no le niego su mérito, respondí en extremo picada por aquella repulsa, que iba siendo cada vez mas ácre, pero al fin y al cabo entre un noble Lord y un inclusero me parece que hay distancia!...

¡Ah, por qué pronuncié aquella funesta palabra, por qué no fijé antes mis miradas en la salvadora sor-tija de Rafael!

En el calor de la discusion habíamos levantado la voz, y fuímos oídas.

Las palabras malévolas en sociedad se comunican con la rapidez del rayo.

Llena de confusion y de pesar estaba aun buscando algunas frases bondadosas que sirviesen de paliativo á las que acababa de decir, cuando Alejandro se acercó á nosotras, pálido, trémulo, demudado.

Traia el sombrero en la mano.

—Perdone Vd., se-ñora, dijo á la Duquesa, si me alejo y no vuelvo jamás á pisar estos umbrales! Los pobres incluseros no deben alternar con los altos potentados!

Me sentí herida en medio del corazon.

—Alejandro, Alejandro, perdóneme Vd.! exclamé fuera de mí.

—Qué Dios la perdone á Vd. el daño que me ha hecho! contestó volviéndome la espalda.

Estaba tan débil aun, y el verle alejarse de aquel modo me causó tal pena, que la Duquesa viéndome desfallecer se apresuró á sostenerme.

—Me ahogo! quiero irme! exclamé entre sollozos.

Me acompañó hasta el sitio en donde se hallaba mi tio, y abandoné aquel salon en donde habia entrado con tanto júbilo, llevándome un nuevo y amargo sufrimiento.

—No quiero reconvenirte, me dijo mi tio mientras subíamos al coche, pero ínterin no renuncies á esa manía de querer siempre ser la primera en todas partes, el mundo no te dará ni un solo fruto que no esté regado con tu llanto!

—Mañana iremos á ver á Alejandro, no es verdad? exclamé estrechándole la mano; iremos á verle, y le pediré perdon por la injuria que le he hecho!

—Eres muy buena, Leonor, respondió mi tio sonriéndose y sentándose á mi lado, eres muy buena, pero considera que á este paso no vas á tener

bastante vida para desagraviar á los que ofendes. ¡Si hubieses sido mas prudente no te verias obligada á humillarte ahora! Es muy justo tu deseo: mañana iremos á ver á Alejandro, pero haz por Dios que esta mortificacion de tu amor propio te sirva de escarmiento!

Se lo juré desde lo mas íntimo del alma!

ANGELA GRASSI.

JUEGOS DE NIÑOS.

EL VOLANTE.

Aunque se dice que este juego tuvo su origen en

tiempo de Jacobo I, hijo de la desgraciada reina de Escocia María Estuarda, la opinion mas admitida es que fué invencion de la bella é instruida Margarita, reina de Navarra, hermana de Francisco I.

Cuando este monarca fué hecho prisionero en la batalla de Pavía, y trasladado á Madrid, donde estuvo preso bastante tiempo en la torre de los Lujanes, tratado con decoro, aunque muy vi-

gilado por la fria cortesanía del emperador Carlos V, vino con el objeto de asistirle y cuidarle en su reclusion su hermana Margarita que le amaba con delirio, y se dice que antes de obtener el permiso de visitarle le dió noticia de su llegada por medio de su volante arrojado á la ventana de su prision.

En su origen el volante no tenia mas que dos ó tres plumas: ahora se le ponen ocho ó diez blancas ó pintadas de colores, colocadas en la circunferencia de una bola ó esfera de corcho, cortada por algo mas arriba de la mitad.

Este juego es mas propio de la adolescencia que de la infancia, porque requiere destreza y agilidad.

Se juega con dos palas que se llaman *raquetas*, compuestas de un aro con su mango, forrado este de terciopelo y armada la pala de un enrejado de alambre, cubierto de pergamino por una de sus caras.

Se puede jugar de dos maneras: primero, con lo plano de la raqueta, que sirve para coger y despedir el volante; segundo, con el reverso, es decir, con la parte de la malla.



El volante.



TRAJE DE CALLE.

El volante se juega á lo *alto* y á la *parábola*: el primer método consiste en arrojar el volante al aire y sacudirle verticalmente cuantas veces descienda; el segundo, entre dos personas, consiste en arrojarle á alguna distancia, haciéndole describir una línea curva ó *parábola* para que vaya á caer en la raqueta del otro jugador que está á algunos pasos de distancia, y lo vuelve al que lo despidió.

También se juega entre tres, de modo que el jugador hácia cuya parte cae el volante en tierra, cede su lugar á un tercero, y él se pone en medio.

Para jugar al volante se debe estar quieto sin correr de un lado á otro, y seguirle con la vista, pronto á repelerlo en su caída.

El juego del volante es propio del invierno, y á propósito para un salón alto de techo: se puede también jugar en un patio, ó en un jardín, en sitio donde no haya árboles.

P.

CLEMENCIA.

Continuacion.

X.

El Tesoro.

El regreso de tan singular paseo fué triste y embarazoso: las dos amigas apenas se dirigieron la palabra. Laura preocupada con la idea de que un amor misterioso arrancaba á su amiga del teatro, y ésta víctima de sus propios pensamientos.

De repente la Condesa dió orden á los criados, que dirigian el carruaje á la calle de San Luis, de que fuese derecho á su palacio.

—Es mi última prueba, murmuró, y volviéndose á Clemencia continuó con acento cariñoso:—Aun no habeis visto mi tesoro y voy á mostrároslo.

—¿Vuestro tesoro? exclamó la jóven.

—¡Oh! sí, mi tesoro, que es casi un secreto, pero yo no tengo secretos para vos.

Cuando llegaron á su palacio, la Condesa sin proferir una palabra, condujo á la jóven á través de salones y gabinetes, y se detuvo ante una puerta pequeña, exclamando:

—Mirad esta puerta, es de hierro, y la llave con que voy á abrirla es de oro. Esto os probará que no hay nada que guarde con mas cuidado.

La llave dió una vuelta en la cerradura, la puerta giró, y ambas penetraron en una habitacion completamente á oscuras.

—Esperad, exclamó la Condesa dirigiéndose á una ventana que abrió de par en par, dejando penetrar por ella la luz del día.

Entonces Clemencia vió que se encontraba en un gabinete entapizado de raso blanco con franjas de oro, en cuyo centro habia una magnífica mesa de palo santo, que sostenia un magnífico jarron de cristal de roca, con gran número de ramilletes marchitos. En los brazos y adornos del jarron se admiraban collares, sortijas, brazaletes, y en torno de él, sobre la misma mesa, coronas de oro y de laurel, copas, tazas, álbums y multitud de objetos tan ricos como bellos. Todos aquellos objetos ostentaban una frescura y riqueza imponderables, y solo las flores marchitas que se admiraban á su lado, recordaban al pensamiento la miseria humana.

Hé aquí mi tesoro: hé aquí mi gloria presente, único resto de mi gloria pasada. Todo cuanto veis son dádivas de admiracion y cariño ofrecidas en recompensa de mi talento. Aquí hay regalos de reyes, de emperadores, y aunque son los mas ricos no son los objetos mas apreciados. Tal vez prefiero á á ellos alguno de esos ramilletes, que recuerde alguna accion generosa á mi alma, ó alguna de esas coronas recibidas en las primeras ciudades de Europa, que me muestran en cada una de sus hojas un homenaje anónimo. A su vista creo oír los bravos y los gritos de entusiasmo escuchados tantas veces, y cuando me encierro en este gabinete, recorro con el pensamiento mi carrera dramática, siento de nuevo las mismas emociones, y creo encontrarme ante el público de Viena, de Lóndres, de San Petersburgo... y me despierto en París. ¡Ah! todos estos triunfos pasaron como esas pobres flores que contemplais marchitas, y que despiertan en mi alma un recuerdo dulcísimo; esas flores las cogia para mí en otro tiempo el que hoy se llama mi marido.... ¡Cómo me amaba entonces!

Sus lágrimas corrian con abundancia, y la jóven tomando parte en su dolor, estrechó sus manos con cariño, á cuyo movimiento Laura volvió en sí continuando en otro tono:

—Vamos, qué os parecen estos presentes? ¿no me envidiais semejantes emociones?

—No, las admiro como una cosa que yo no puedo alcanzar. Mi alma es demasiado pequeña para contenerlas... Oh! perdonadme, pero yo no soy dueña de mi porvenir.

Al pronunciar estas últimas palabras ella pensaba en Julio, pero su resolucion no se apoyaba solo en el cariño del hijo del Alcalde. Se resistia á brillar por instinto, porque su naturaleza la arrastraba al aislamiento, porque su alma era una flor que brotaba en la sombra y la hubieran abrasado los rayos del sol.

—Enhorabuena, respondió la Condesa contrariada, he hecho cuanto he podido por conquistar vuestro

talento al arte, pero si vuestra resolucion es irrevocable renuncio á mi sueño.

—¿Y me amareis menos que me amais?

—Al contrario, hija mia ; ni os rechazo ni os reprendo: cada uno tiene su destino en el mundo!

Pronunciadas estas palabras, cerraron la puerta de aquel santuario, atravesaron los salones, y en breve llegaron á la calle de San Luis.

Al apereibir Laura á Augusto y á su madre, exclamó en tono de inteligencia.

—He agotado todos mis recursos, he dicho cuanto era posible decir, y nada he conseguido.

—Ya estaba yo seguro, exclamó Augusto con dureza: preferirá morir á hacer por nosotros el menor sacrificio.

Clemencia le dirigió una mirada dolorosa, y volvió los ojos á su madre, que la miraba con ademan severo. Esta, dirigiéndose á la Condesa, exclamó:

—Siento, señora, que os hayais molestado inútilmente tratando de convencer á mi hija, que atiende á su capricho antes que á nuestro interés. Yo no la hubiera visto con gusto salir al teatro; pero podria dar conciertos bajo vuestra proteccion....

—Bien sabes, mamá, que no es posible, exclamó Clemencia con lágrimas en los ojos, ¿qué no puedo cantar en público!

—Bien cantaste la otra noche, añadió Augusto con acento acre.

—Y bien visteis el estado en que salí del concierto.

—Cuando se hace un beneficio á la familia, añadió con frialdad Mad. Ogé, tiene mas mérito cuanto mas trabajo nos cuesta. Yo tambien he hecho sacrificios por tu educacion, que ahora deberias recomendar.

—Pues bien, exclamó la jóven haciendo un violento esfuerzo, si la Condesa crée que tengo talento para ello, daré lecciones de canto.

—¡Lecciones de canto! exclamó Augusto furioso; mi hermana dando lecciones y corriendo de casa en casa! Yo no he perdido hasta ese punto el sentimiento de mi dignidad: yo sabré conservar intacto el honor de la familia, y mientras me quede una gota de sangre en las venas, no consentiré que mi hermana dé lecciones á nadie. Y saludando á la Condesa se alejó muy satisfecho de aquel arranque de autoridad fraternal.

Laura se despidió entonces de sus dos amigas, y Clemencia en cuanto se vió sola con su madre quiso volver á esplicarle su secreta repulsion al teatro, á lo cual Mad. Ogé le respondió con dureza que jamás volviese á tratar de semejante asunto.

XI.

Las primeras lecciones.

Cuando Augusto perdió toda esperanza de vencer las preocupaciones, como él decia, de su hermana, resolvió aprovechar para sí la proteccion de la Condesa. Relacionado por medio de Mr. de Pommeray con algunos personajes enriquecidos en la Bolsa, se avergonzaba de no ser mas que un empleadillo desdeñado de todos, y los pocos momentos que pasaba en el seno de su familia los utilizaba en lanzar violentas recriminaciones á la carrera administrativa, añadiendo que si en ella veia pasar un año mas, perderia su inteligencia y su porvenir. Su bondadosa madre, que como la blanda cera obedece á la impresion de la plancha que se le aplica recibia en su alma todas las impresiones de la de su hijo, participaba al punto de sus pesares ó de sus alegrías. Ambos instaron á Clemencia para que aprovechase su amistad con Laura Monti en favor de su hermano, y gracias á ella se vió colocado en una de las primeras casas de giro.

El jóven presentó con gran petulancia la dimision del destino que desempeñaba sin despedirse de sus compañeros, cuya amistad estaba resuelto á sacrificar á su nueva posicion, ó mas bien á las exigencias sociales, siempre exajeradas por su vanidad.

Ya en esta época Augusto habia perdido sus maneras provincianas, adquiriendo la impertinente osadía que caracteriza á los jóvenes de buen tono, y hablaba de millones con el mismo desdén que de algunos reales; citaba siempre como amigos á los hombres mas conocidos en el mundo mercantil, y paseaba con frecuencia en magníficos caballos de alquiler, resolviendo al fin el problema de parecer un gran señor, contando con muy pocos recursos.

Por este tiempo conoció á una picaresca actriz del teatro de Variedades, que por dicha de Augusto vivia con alguna esplendidez, pudiendo el jóven arreglar en vista de esto, que excepto las comidas de fondas, guantes, ramilletes, diversiones y carruaje, no le costase nada. La niña, gracias á su ingenio y su teatro, hizo frente á las otras necesidades, y esta nueva amistad le obligó á separarse de su madre y de su hermana, pretestando que la calle de San Luis estaba muy lejos de la Chaussée d'Autin donde tenia su oficina.

Para los gastos de su nueva casa, Augusto pidió la herencia que de su padre le correspondia, á cuyas palabras contestó su pobre madre que poco podia darle, admirándose Augusto de lo humilde de su fortuna que no habia tratado de conocer hasta entonces.

Esta fortuna consistia en alguna pequeña casa en

la ciudad de C... y alguna tierra de labor, que por dar gusto al jóven se vendieron, empleándose su importe en acciones de caminos de hierro, que dieron grandes productos en pocos meses. Mad. Ogé, desvanecida ante estos primeros resultados, confió á aquel hijo tan querido toda su fortuna, toda la de su hija, lo que le permitió darse importancia de millonario y montar su casa con gran ostentacion, llenando de orgullo á su pobre madre.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

EL ARTISTA DESAIRADO.

Un distinguido violinista se detuvo algunas horas en un pueblo bastante apartado de la costa y de la via-férrea; rogáronle que tocara varias piezas escogidas, y el músico accedió á ello muy gustoso; pero á lo mejor de la música sonó en la calle la voz del pregonero anunciando la venta de una carga de besugos.

Muy rara vez conseguian los vecinos de aquel apartado villorrio regalarse con pescados frescos: oír el anuncio, y dejar la sala del concierto para dirigirse hácia el mercado, fué cosa de un momento; solo uno de los oyentes no dió señales de abandonar su puesto. Notó el artista la desercion de los unos y la perseverancia del otro, por lo cual infirió que se hallaba en presencia de un verdadero filarmónico, y como el hombre de génio prefiere un voto inteligente á cien aplausos vulgares, siguió tocando en obsequio de aquel hombre, y hasta echó el resto para lucirse.

Concluida la sonata, el músico dijo á su oyente: —Felicito á Vd. por el buen gusto que ha manifestado al preferir las delicias del arte á los groseros deleites de la gula.

—¿Por qué me dice Vd. eso? preguntó el buen hombre admirado.

—Porque Vd. ha sido el único que no ha echado á correr al oír que se vendian besugos en el mercado.

—Besugos! repitió el otro levantándose con precipitacion y echando mano al sombrero. ¿Se venden besugos en el mercado? Voto va sanes! qué trabajo es el ser sordo! por no haber oído el anuncio voy á llegar tarde, y ya se habrán despachado los mejores!.. Gracias, caballero, gracias, por el aviso, y al decir esto partió mas ligero que un venablo.

—No tienen la culpa estos gazañapiros, sino yo que vengo á echar margaritas á puercos, exclamó el desairado artista guardando su violin; primero romperé

mi arco, que volver á manejarle en presencia de palurdos incapaces de sentir y comprender los goces delicados!

—¡Ay, amigo! le decia un poeta de la corte á quien refirió despues el lance, todos deberíamos romper la lira en ese caso. La moderna sociedad es materialista, el mejor soneto se aprecia menos que un pavo trufado. Las artes y las letras tienen menos partidarios que la gastronomia, y eso entre los hombres que se jactan de ilustrados.

—Pues muy buen provecho les haga su ilustracion! exclamó el artista, eso equivale á decir que en la moderna sociedad abundan mas los cuerpos que las almas.

(Arreglo.)

MICAELA DE SILVA.

Esplicacion del grabado de Modas.

El distinguido traje que muestra nuestro grabado, y que como todos los que presentamos en esta seccion tiene el sello de la sencillez unida á la mas esquisita distincion, es un vestido liso de grós de París, con abrigo igual, que se prolonga aun mas largo que la falda: una pequeña esclavina guarnece el paletot, adornado en todos sus bordes, así como el vestido, por un grueso cordon de seda negro, ó si se prefiere azul ó morado. Igual cordon con borla figura el bolsillo, y acompaña á este traje un sombrero de raso azul con bavolet y rostrillo de encaje negro: una estrella de oro ó nacar va prendida al lado derecho, en el rostrillo.

AURORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



Ad. Goubaud Ed à Paris

Parfums de Violet par L. M. L'Impératrice, rue S. Denis, 37.

Paris. Rue de Richelieu, 92.

LONDON, J. O. Beton Publisher of the Englishwoman's Domestic Magazine, 248, Strand, W.C.

MADRID Correo de la Moda P.J. de la Pena